



DIVERSOS MODOS DE PESCAR

por Cabotin

III

A la llegada del tren de baños, la vasta plaza de La Punta, desierta durante todo el día i caldeada por la resolana, se llena de movimiento, rebullicio i animado vocerío. Como una bestia cansada, que hipa, bufa i resopla asoma el convoi cargado de pasajeros. Lanza la máquina la última campanada i el postrer silbido, óyese el chirrido de ruedas, bretes i cadenas, i por las portezuelas se abalanza un gentío abigarrado, vocinglero, presuroso, que se precipita á la casa de baños por las avenidas laterales, aguijoneado por el temor de no encontrar cuarto. Es una bonita mañana, clara i sonriente como un rostro de pollita. Sol esplendoroso, que todo lo dora i lo alegre, pero que no quema todavía. En la luminosa diafanidad de la atmósfera, ante el mar gris de plata que chispea i reverbera, parecen más frescas las muchachas, más vaporosos los linones i las batistas que las visten, más blancos los pantalones de los lechuguinos i de más vivos colores las redondas copas de las sombrillas. En la glorieta, un mendigo ciego se arranca por peteneras en un arpa vieja i la musiqueta retozona zumba briosamente en el aire i pasa cantando: ¡*Lætitia, lætitia!*

La señora Matiana Gordillo de López i su hija Pepita son las últimas en bajar del carro que ocupan. La señora Matiana sufre de "palpitaciones" i no puede agitarse. Se comprende, al verla, que doña Matiana "palpite" con tanta intensidad, porque la buena señora pesa, de seguro, más de cien kilos, i aunque un corsé *old style* hace lo posible para comprimir, sujetar i reducir á moderadas proporciones la copia de carne que se desborda, apenas consigue dar forma de panzuda ánfora romana á lo que sin su auxilio sería vertiginosa cascada. Viste doña Matiana traje de percal á ramazones, cúbrela un sombrero con adormideras i una *aigrette* gigantesca, i amén de una sombrilla roja, carga

con un ridículo hinchado como un globo aerostático, un abanico, un frasco de sales, una novela de Carolina Invernizio i, por último, con *Chinito*, un faldero mui mono, que es el engreído de la niña.

La niña, es decir, Pepita, no se parece en nada á su madre, aunque ya se parecerá andando los años, porque doña Matiana, cuya madurez carece de encantos, fué una de las hermosuras más ponderadas de Lima, durante las épocas de Pezet, San Román i Castilla. Pepita, que hace cuatro años tuvo veinte i no ha querido cambiar de edad desde entonces, es un botoncito de rosa, morenito, dorado, lozano, erguido i primoroso. Linda no es, si bien se mira, pero hai tanto brillo en sus ojos de gitanilla, tanta picardía en su nariz arremangada i tanta gracia en los hoyuelos jugueteros que en sus mejillas se dibujan, camina con tanto garbo i posa con tanta elegancia sobre el asfalto sus piecesillos calzados con zapaticos habanos, que todos los ojos se recrean contemplándola. Por modestia ó coquetería, baja los párpados cuando alguien al paso, la requiebra, i sobre el ámbar de las mejillas tiembla dulcemente la doble cortina de pestañas oscuras i sedeñas.

Pepita tiene un enamorado. Le reconocéis al verle plantado en la esquina, con el panamá echado hacia adelante, el ojal florecido i haciendo molinetes con su bejuco. Este enamorado es Ramoncito Pérez de Valdés alumno de la Facultad de Letras, muchacho rico i de gran familia, de veintidos años apenas cumplidos. Ramoncito pertenece á la categoría de los enamorados ambulantes, pasea delante de los balcones de su amada, la sigue á misa, al parque, á visitas i á compras, i la mira, la mira... El pobre muchacho, que en materia de amoríos es primerizo, no se atreve á más, con viva impaciencia de Pepita, que le anima con sonrisas i volteos, i aún de la señora Matiana, á quien no le desagrade el joven como partido.

La señora Matiana no toma baños de mar,

á causa de los reumatismos. Acompaña á la niña por ejercicio i porque López, su marido, que es vista de aduana, tiene que ir todas las mañanas donde el Dr. Gaffron, para que le cure la catarata. Mientras Pepita hace su *toilette* de baño, doña Matiana se instala en un banco de la plataforma, emite un corto bufido de satisfacción, distribuye entorno suyo sus bagajes i abre el libro de la Invernizio en la página 445, en el capítulo (¡oh, interesantísimo!) en que Fiammetta, para vengarse del barón, que se ha casado con una princesa austriaca, le roba á su hijo.

Ramoncito, que tampoco se baña (el pobre padece de erupciones cutáneas que le afean la fisonomía), se detiene á pocos pasos de ella i contempla el océano. Como es alumno de Letras, el mar lo pone melancólico.

Chinito aprovecha de la libertad que se le deja para hacer un viaje de reconocimiento en la plataforma. Después de algunos paseos circulares, se acerca á Ramoncito, lo contempla con atención i hasta con cierta sorna, lo huele concienzudamente i por fin, meneando el rabo en prueba de sus amistosas intenciones le posa las patas en los pantalones. Ramoncito, ebrio de gozo al verse tratado tan familiarmente por el favorito de su dama, le hace unas tímidas caricias en el cogote.

La señora Matiana (*levantando los ojos del libro i contemplando el cuadro*)—*Chinito*, ven acá, no molestes al señor (*A. Ramoncito*)! Usted dispense, señor, pero el animalito está tan consentido!

Ramoncito (*rojo hasta la raíz de los cabellos*)—No, señora, no me molesta en nada. Si el perrito es tan simpático i tan...

Doña Matiana.—Sí, eso sí, es mui simpático i mui fiel. A mi hija la adora, es la palabra, la adora. I es habilísimo. Todas las mañanas es él quién la despierta para venir al baño, á las siete en punto, como por reloj.

Ramoncito (*con profunda convicción*)—¡Admirable, qué cosa tan admirable! En la cara se le conoce la inteligencia.

Doña Matiana—¿Es Ud. aficionada á perros?

Ramoncito—(*con energía, como si en ello le fuera la vida*)—Mucho, muchísimo, señora.

—¿I cuantos tiene Ud?

—Ninguno, no tengo ninguno; pero me gustan extraordinariamente.

—Todas las personas de natural bondadoso son así (*Ramoncito se inclina i vuelve á encenderse*) La fisonomía de Ud. no me es desconocida. No sé, soi tan distraída, que no sé.. Me parece haberlo encontrado en casa de las Rosales...

—Talvez, señora, aunque no las conozco (*Ramoncito no sabe lo que dice*). Señora, si Ud. permite (*Convencido de que está haciendo un lío, Ramoncito hace ademán de despedirse*)

D^a Matiana.—¿Cómo es el nombre de Ud?

g—Ramón Pérez de Valdés i Valle de la Vega, señora.

—Doña Matiana (*en el colmo de la sorpresa*)—¡Cómo! ¡Usted es el hijo de mi amigo D. Ramón? (*Gesto de asentimiento de Ramoncito*) ¿Usted es el sobrino de Eusebita? (*Ramoncito asiente nuevamente*) ¡Pero si Eusebita i yo somos como hermanas, si en el colegio éramos inseparables! ¡Cómo me iba á figurar que mi vieja amiga tuviera un sobrino tan grande! (*Tendiéndole la mano*) Tengo mucho gusto de conocerlo, señor Pérez de Valdés.

En momentos en que la señora Matiana i Ramoncito se saludan, Pepita, hecha un amor con su traje marinero con grecas rojas i su gorrito escocés bizarramente colocado sobre la negra cabellera rizada i levantisca, entra al mar riendo i dando grititos agudos. *Chinito*, trepado sobre el barandal, ladra como un loco. Pepita alza la cabeza, se coloca sobre los ojos, á guisa de pantalla, una mano que, bañada por el sol, parece un ramo de corales.

—Hijita, báñate pronto. (*Volviéndose á Ramoncito*) Esta muchacha se da unos baños interminables. Le gusta mucho el agua, i es tan vehemente! Para ella no hai términos medios. ¡Felizmente es tan buena mi Pepita! Alegre como un pajarito, dócil, hacendosa, i cariñosa con sus viejos, como ella nos llama.....Tendré mucho placer en que Ud. la conozca i se hagan amigos.

Ramoncito (*radiante*) El placer i el honor serán para mí, señora.....

Pepita, á pesar de su vehemencia, se da un baño cortísimo, se arregla en un periquete i se presenta en la plataforma, abotonándose los guantes con aire de perfecta tranquilidad.

Doña Matiana.—El señor Pérez de Valdés i Valle de la Vega, mi hija Pepita (*inclinación de cabeza, apretón de manos*) El señor es sobrino de Eusebita, ¿sabes? (*Pepita no sabe nada, pero sonríe*) Ha tenido la bondad de acompañarme un rato i hemos conversado...

Pero Pepita no la oye. Ha cogido á *Chinito* entre sus brazos i desgrana sobre su hocico húmedo una sarta de besos sonoros, llamándolo rico, lindo, i otras monadas por el estilo. D^a Matiana, con los ojos en blanco, exclama:

—¡Qué locuela! ¡Siempre tendrá quince años!

Ramoncito las ha acompañado hasta el carro, ha bajado la ventanilla, para que el sol no mortifique á doña Matiana i ha estrechado entre las suyas la mano tibia i perfumada de Pepita. Al llegar á Lima las ha ayudado á descender. Doña Matiana le dice:

—Amigo Pérez, ya nos volveremos á ver. En la calle de Gallinacitos N^o 108 tiene Ud. su casa.

Pepita, mirándole en los ojos, le ha dicho en voz baja: ¡Hasta mañana!

Nunca se ha sentido más dichoso Ramoncito. ¡Dios mío, la vida es bella! ¡Qué amable es doña Matiana! ¡Qué linda es Pepita!

Junto á la puerta de salida se encuentra á *Chinito*. Henchido de gratitud, se inclina para darle una palmada. Pero *Chinito*, no acepta de buen grado la familiaridad.